9. Hijos de la normal

Martha Monserrat Sánchez Díaz[1]

DOI: https://doi.org/10.52501/cc.461.09

Resumen

El presente texto constituye una narrativa testimonial que documenta las experiencias de vida de quienes crecieron en el entorno de la Escuela Normal Rural "Carmen Serdán" como hijas e hijos del personal docente. A través de una mirada retrospectiva, el escrito recupera elementos socioculturales, afectivos y pedagógicos que configuran una identidad compartida entre generaciones de familias vinculadas estrechamente a esta institución formadora de docentes.

Mas allá del relato individual, el texto articula una memoria colectiva que visibiliza cómo los espacios escolares fueron también espacios habitables, significativos y fundacionales para la construcción de una profunda conciencia vocacional. La convivencia cotidiana con las alumnas del internado, la participación en actividades escolares, artísticas y lúdicas, así como la observación cercana del quehacer docente de sus madres y padres generaron un sentido de pertenencia que trascendió lo meramente residencial o escolar.

El documento también pone en relieve el carácter intergeneracional del compromiso educativo: muchos de quienes crecieron en este entorno decidieron, posteriormente, integrarse a la vida laboral de la misma escuela,

[1] Maestra en Psicoterapia Cognitiva. Profesora de enseñanza superior titular "C" de medio tiempo en la Escuela Normal Rural "Carmen Serdán", México. Correo electrónico: monserratsd@normales.mx

replicando una vocación heredada, pero también conscientemente elegida. Se destaca que esta continuidad no solo es laboral, sino simbólica: quienes hoy ejercen la docencia en la Normal lo hacen desde un lugar de memoria, arraigo y gratitud.

Finalmente, el texto plantea que la Escuela Normal no representa únicamente un espacio físico o laboral, sino una herencia viva, tejida por generaciones a través del trabajo, la formación y la vida comunitaria. En este sentido, se configura como un referente identitario que ha sostenido y sigue sosteniendo a múltiples familias, marcando profundamente su trayectoria profesional, personal y afectiva.

Palabras clave: *pertenencia, vocación, comunidad, herencia educativa.*

Introducción

Hablar acerca de la Escuela Normal Rural "Carmen Serdán" (la Normal) no es solamente repasar su trayectoria en la escena educativa nacional, ni tampoco recordar las más de 80 generaciones de maestras, que, con su trabajo y ejemplo, cambiaron la realidad de los contextos a los cuales llegaron.

Para quien escribe, como docente de esta institución (*vid*. figura 1), pensar en la Normal es también hacer memoria acerca de todas y todos aquellos que han formado parte de su planta docente: algunos, viviendo en las casas que se encuentran dentro de la escuela; algunos otros, en la localidad o trasladándose desde otros municipios; pero todos, con la firme intención de hacer la diferencia, no solamente en la región, sino en el país.

Figura 1. *Maestra. Martha Monserrat Sánchez Díaz*



Desde su llegada al municipio de Teteles de Ávila Castillo, los docentes, así como sus familias, han formado parte inseparable de las historias que, durante 99 años, se han escrito en sus espacios.

Una innumerable cantidad de niñas y niños vivieron y jugaron en los espacios de la escuela. Las y los docentes, junto con sus familias, procedentes de diversos estados de la república, llegaron a Teteles a inicios de la década de 1960 y se establecieron de manera permanente en este municipio, trabajando y criando a sus hijas e hijos dentro de las instalaciones de la Normal.

No todos esos docentes se jubilaron en nuestra escuela, algunos continuaron sus trayectorias académicas en otras instituciones, otros tantos tuvieron que dejar la escuela en medio de movimientos políticos, otra gran cantidad se jubiló y otros partieron mucho antes de lo que todos esperábamos, presas de la enfermedad o de accidentes. Los maestros que dedicaron su vida a esta escuela no solo fueron parte de ella durante al menos 30 años, entregando cada día lo mejor de sí mismos. En su paso por los espacios de la escuela, sembraron conocimientos, su amor por la enseñanza y su incan-

sable vocación. Pero si algo marcó su huella aún más profundamente, fue el legado que dejaron al final de su trayectoria: sus hijas e hijos, quienes tomaron la antorcha de la enseñanza y, como sus antecesores, siguen llevando adelante el trabajado que ellos iniciaron.

Los hijos de la Normal

Los "hijos de la Normal" no solamente tienen las ganas, el compromiso y las aptitudes para laborar en ella; sino que crecieron dentro las instalaciones, y conocen a profundidad el alma y el funcionamiento de la escuela.

Crecer en la escuela, un lugar que al final se convirtió en el hogar compartido por tantas familias, nos otorgó algo invaluable: un sentido profundo de unión y pertenencia. Éramos más que vecinos, amigos o conocidos: éramos comunidad.

Las instalaciones de la escuela, más allá de ser simples edificios, se sentían como extensiones de nuestras propias casas. Cada rincón, cada espacio guardaba recuerdos de risas, de juegos, de momentos de aprendizaje y de crecimiento.

La gran mayoría de nosotros entendía que nuestras mamás o papás estaban siempre ocupados, entendíamos las asesorías, la elaboración de las tesis, los ensayos a las 8 de la noche de los grupos artísticos, las salidas a los "socioeconómicos" y cualquier necesidad del internado y del sector pedagógico; inmersos en sus responsabilidades, lo que les dejaba poco tiempo para estar a nuestro lado. Sin embargo, desde pequeños comprendimos que esa dinámica era parte inherente de la vida de un internado tan grande. La ausencia de nuestras mamás y nuestros papás no era ausencia de amor, sino una presencia de compromiso, un sacrificio por el bien común.

Crecer como hijas e hijos de un docente fue una experiencia que marcó nuestras vidas con una mezcla de ternura, pertenencia y asombro. Veíamos cosas que otros niños de nuestra edad no. Mientras que ellos conocían la escuela como un lugar al que se va y se regresa, para todos nosotros era un territorio íntimo, una extensión de nuestros hogares. Acompañar a nuestras mamás y papás a sus oficinas o cubículos, recorrer los pasillos, escuchar el murmullo de las palomas y el canto estridente de las garzas y los tordos al

atardecer, jugar por horas en el patio Benito Juárez o en las "resbaladillas" de la pista eran parte del tejido cotidiano de nuestra infancia. Tuvimos la oportunidad de pertenecer a los distintos grupos artísticos, de salir al escenario con las alumnas, de viajar en el Pitufo y de actuar en los festivales del Día del Estudiante.

Crecimos entre exámenes profesionales, ensayos y montajes de programas socioculturales, desfiles y una cantidad incalculable de fólders llenos de trabajos sobre nuestros comedores, escritorios y salas; aprendimos a leer el mundo y a entender la esencia del normalismo rural, mientras crecía una vocación que nos rodeaba, sin que lo supiéramos aún.

Estuvimos expuestos a un universo de historias compartidas, de tardes interminables de juego y de una comunidad que latía como una sola familia. La convivencia con las alumnas marcó nuestra vida profundamente: eran más que estudiantes, se convirtieron en amigas entrañables, mujeres con las que compartimos no solo nuestra infancia, sino también los valores, afectos y experiencias que aún hoy siguen resonando en nosotros. Esos lazos que nacieron entre pasillos y dormitorios no se disolvieron con el tiempo; por el contrario, se transformaron en vínculos duraderos con mujeres trabajadoras y admirables que siempre formarán parte de nuestra vida.

Ser un hijo de la Normal es compartir el recuerdo vivo de jugar en el internado, de haber entrado a la panadería a comer pan caliente que nos regalaban al salir de la escuela; es conocer la sensación de haber entrado al dormitorio Gabriela Mistral, acompañando a una alumna de cuarto año, para acompañarla por una libreta o un libro y caminar por sus pasillos enormes y llenos de música, de vida y de color. Cada rincón estaba lleno de afecto, cada pasillo narraba las vidas que ahí se desarrollaban y se entretejían.

Es rememorar las tardes en la colonia Magisterial, donde lo común eran las carreritas en bicicleta, las "escondidas" junto al "hotel" o los viajes imaginarios en los viejos autobuses, donde, a pesar de la basura y los animales, jugábamos por horas hasta que el olor era insoportable o hasta que alguna de las mamás de la colonia iba a sacarnos. Ahí aprendimos a jugar tenis, beisbol; practicamos nuestros saques de vóleibol e incluso aprendimos a manejar.

Pero no solo la colonia de los maestros era nuestro territorio, las escaleras de "La pista", el ambulatorio, la biblioteca, el sector asistencial y, posteriormente, la sala de "Educación vía satélite" [EDUSAT], en el sector pedagógico; los jardines, la cocina, todo formaba parte de las infancias y las adolescencias que se vivían con libertad y pertenencia. Fuimos libres de explorar y de aprender en cada rincón, de cada maestra o maestro y de cada trabajador, pero, sobre todo, de las alumnas.

Desde niñas y niños, quienes crecimos en la Normal como hijas e hijos de los docentes, compartimos una convivencia entrañable con las alumnas del internado. Ellas no eran solo estudiantes para nosotros, sino hermanas mayores que nos tomaban de la mano para acompañarnos al comedor, para jugar con nosotros en los sectores pedagógico y asistencial, o para llevarnos a hacer mandados o tareas dentro del internado. Las admirábamos profundamente. Nos parecía que eran capaces de resolver cualquier cosa: crear un juego de la nada, armar material didáctico con papeles de colores o dramatizar una escena con una fuerza que nos dejaba sin aliento. Cuando actuaban con el grupo de Teatro o el grupo de Danza, verlas maquillarse para alguna presentación era ver a artistas completas, capaces de transformarse con imaginación y entrega.

Las noches de revisar tareas, trabajos y tesis son un recuerdo común de "Los hijos de la Normal". Nos asomábamos con curiosidad a esas hojas llenas de ideas y descubríamos la belleza de la letra de muchas de ellas, era evidente que ponían esmero y dedicación en lo que entregaban. Había portadas con márgenes de color rojo azul, letras cursivas para poner su nombre y fólders y libretas forradas de todos los colores.

La época de los exámenes profesionales significaba que nuestras casas se llenaban de empastados, ordenados por cada día de trabajo, y que nuestras mamás y papás leían con detenimiento antes del examen. Muchos de nosotros nos entreteníamos leyendo las dedicatorias de esos trabajos que nuestros papás llevaban a casa. Nos hacían gracia las que iban dirigidas a los novios. En ocasiones eran cursis, exageradas, como si fueran parte de una telenovela, pero con el tiempo entendimos que, en esas palabras, habitaba la pasión y el compromiso con los que las alumnas vivían su formación.

Todas y cada una dejaron una huella imborrable en nosotros. Nos enseñaron, sin saberlo, que la educación no es un acto solitario, sino una red de afectos y de compromisos compartidos.

Ver a nuestras madres y padres dar clase era para muchos de nosotros un espectáculo cotidiano lleno de admiración. Los veíamos con curiosidad desde una banca dentro del salón o desde los pasillos: firmes, sabios, entregados, con una presencia que imponía y al mismo tiempo acogía. Los veíamos explicar, escuchar, acompañar y, sin saberlo, algo de ese ritual se nos fue quedando muy dentro. En ese entonces, tal vez no imaginábamos que un día seguiríamos sus pasos. Muchos de nosotros estudiamos otras carreras, probamos otros caminos, pero con el tiempo la vocación nos alcanzó como un hilo invisible que nos regresaba a casa.

Tal vez no fue una decisión inmediata, pero sí fue inevitable. Después de todo, crecimos rodeados de aulas, pizarrones, libros, libretas y afectos. Observamos la entrega de nuestros padres, su compromiso con la formación de generaciones enteras. Comprendimos, con los años, que aquello que parecía una simple rutina —revisar tareas, planear clases, preocuparse por las alumnas— era en realidad una forma de amor profundo y constante. Muchos regresamos a esta escuela no solo como parte de una tradición familiar, sino como parte de una decisión consciente de continuar una historia que nos formó, aun antes de que tuviéramos memoria, pero que hoy con orgullo y gratitud seguimos escribiendo.

Jamás pensamos en que los lugares comunes compartidos cobijarían las trayectorias laborales y profesionales de cada uno de nosotros. Mientras crecimos aquí, jamás nos dimos cuenta de que en los enormes espacios de la escuela se sembraba en nosotros una visión profunda de responsabilidad y lealtad hacia la escuela. Ese legado vive en todos y cada uno, no solo como un recuerdo, sino como una convicción que guía nuestro quehacer docente día con día, que nos impulsa a servir y a honrar la historia que nos precede. El amor por esta escuela es una herencia silenciosa cultivada por generaciones dentro de nuestras familias y afirmada en cada paso que damos dentro de sus muros.

Trabajamos en los mismos pasillos donde nuestros padres enseñaron y soñaron. Vivimos los espacios en los que trabajaron y dejaron su huella. Hoy, al recorrerlos, caminamos sobre sus pasos, y cada aula, cada silla y cada

rincón guarda algo de su voz y su presencia. No estamos solos: nuestras historias están entrelazadas con las de nuestros abuelos y abuelas, padres, madres, tías y tíos, que también vivieron en esta escuela antes que nosotros. la Normal no es solo un lugar, es una herencia viva y compartida que fue tejida con esfuerzo, con trabajo y profundo amor por la educación.

La Escuela Normal Rural "Carmen Serdán" no es solo nuestro lugar de trabajo; es el hogar que ha visto crecer nuestros sueños, y ahora también a nuestros hijos; y que sigue inspirándonos para formar, con profundo orgullo, a las futuras maestras de este país.

Referencias

Entrevistas personales realizadas por la autora en el marco del proyecto testimonial "Los hijos de la Normal". Las entrevistas se llevaron a cabo entre el 5 de mayo y el 12 de junio de 2025, en las instalaciones de la Escuela Normal Rural "Carmen Serdán", Teteles de Ávila Castillo, Puebla.

Candanedo Luna, Á. (2025, mayo-junio). *Entrevista personal.* Escuela Normal Rural "Carmen Serdán".

Castillo Irene, M. E. (2025, mayo-junio). *Entrevista personal*. Escuela Normal Rural "Carmen Serdán".

Díaz Colina, C. (2025, mayo-junio). *Entrevista personal*. Escuela Normal Rural "Carmen Serdán".

Dinorín Arrieta, J. E. (2025, mayo-junio). *Entrevista personal*. Escuela Normal Rural "Carmen Serdán".

Flores Balbás, I. N. (2025, mayo-junio). *Entrevista personal*. Escuela Normal Rural "Carmen Serdán".

Salgado Quintero, S. (2025, mayo-junio). *Entrevista personal.* Escuela Normal Rural "Carmen Serdán".

Santana Ortega, A. (2025, mayo-junio). *Entrevista personal.* Escuela Normal Rural "Carmen Serdán".

Viveros Ortega, M. C. (2025, mayo-junio). *Entrevista personal.* Escuela Normal Rural "Carmen Serdán".

Viveros Ortega, M. G. (2025, mayo-junio). *Entrevista personal.* Escuela Normal Rural "Carmen Serdán".